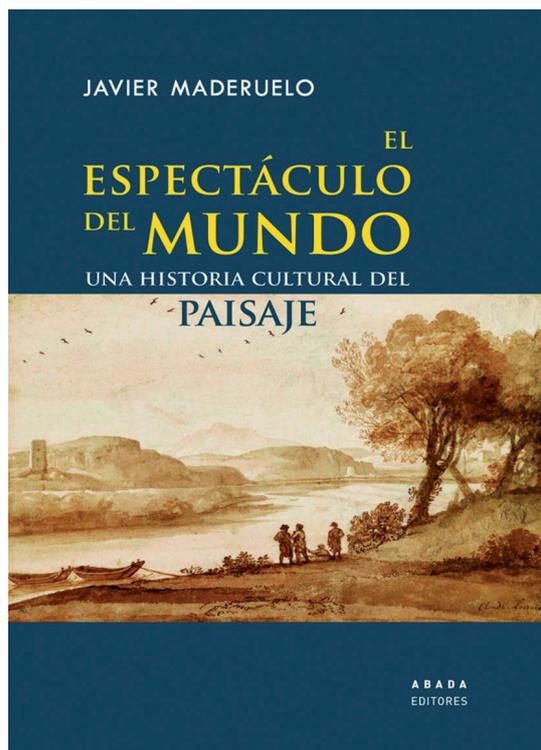


MADERUELO, Javier. *El espectáculo del Mundo. Una historia cultural del paisaje*. Madrid: Abada Editores, 2020, 648 págs., ISBN: 978-84-17301-72-9.



La idea de paisaje no se encuentra tanto en el objeto de contemplación como en la mirada de quien contempla; una mirada que ha de estar educada para ver, y que ha de ser desinteresada y estética. El paisaje es, por ello, un constructo cultural que se ha ido formando en la cultura europea como un género pictórico, que se consolida en el siglo XVII y llega a alcanzar su máxima expresión durante el siglo XIX en el contexto del romanticismo y del impresionismo. Es el tema que aborda Javier Maderuelo en este libro, que él mismo presenta como una obra de reflexión y de síntesis, fruto de un compendio de artículos, conferencias, libros, lecturas... realizadas a lo largo de toda su trayectoria académica y de investigación. Su formación como arquitecto e historiador del arte y su amplio bagaje cultural posibilitan la formación de un discurso en el que se interrelacionan referencias de la historia de la literatura, de la filosofía, de la arquitectura, de la ingeniería, de la fotografía; de relatos de viajeros, de conocimientos científicos, de prácticas jardineras, y fundamentalmente de la historia de la pintura. Todas ellas, en mayor o menor medida, han contribuido a la formación del pai-

saje como construcción cultural, y por ello resulta coherente abordar una aproximación al concepto desde las líneas metodológicas de los estudios de cultura visual y de la historia de la cultura.

El paisaje es un término artístico, pues este nace en la pintura flamenca hacia 1600. Estas coordenadas espaciales y temporales no son producto de la casualidad, sino de un largo proceso que se ha ido conformando a lo largo de los siglos y que encuentra su madurez en estos momentos, cuando se alcanzan los cuatro criterios propuestos por Agustín Berque. Durante el Renacimiento se desarrolla una cultura de la mirada, la perspectiva y la óptica... lo que permite que determinados lugares puedan ser apreciados como objetos de contemplación. El triunfo del protestantismo produce un cambio en los gustos estéticos con una atención a lo sensorial –tradicionalmente proscrito por el catolicismo– y al territorio o país, que comienza a ser valorado como elemento identitario. Poco más tarde aparecen los primeros paisajes en Venecia, ciudad apartada de la órbita del catolicismo romano, donde el comercio propiciaba, además, un intercambio cultural con los Países Bajos y con Oriente. Allí, a la perspectiva como técnica de representación espacial, se suma en la pintura una especial atención a la luz y a los fenómenos atmosféricos. De esta manera, las vistas de países dejaron de tener un papel accesorio como fondo de figuras o de historias para convertirse un tema artístico independiente que dio lugar al paisaje como género autónomo.

Maderuelo aborda también las relaciones entre cartografía y pintura, que contribuyeron al surgimiento y consolidación del paisaje. Los mapas de extensos territorios como representaciones simbólicas se complementan con vistas topográficas de ciudades, que reproducían una imagen real de las mismas. Unas vistas que surgieron como precedentes del paisaje con una clara intención práctica de conocimiento del territorio y terminaron adquiriendo una finalidad estética.

El paisaje despunta en la Roma barroca de la mano de pintores foráneos, como Claudio de Lorena o Nicolas Poussin, que se enmarcan dentro de la corriente clasicista. Allí, el peso del academicismo y del catolicismo impidieron que las acciones mitológicas o religiosas desaparecieran de los lienzos, que en sus obras quedaron relegados a un segundo plano. El arte del paisaje durante la segunda mitad del siglo XVII se extiende al jardín como imagen del mundo, que se contempla desde la ventana de los grandes palacios franceses, o como recreación de las vistas pintorescas de Poussin o Claudio de Lorena

en las que se inspira el jardín paisajista inglés a partir del siglo XVIII. Por ello, durante esta centuria, la pintura de paisaje tuvo escaso protagonismo en Inglaterra al ser sustituida por la intervención en el territorio con el desarrollo de la jardinería.

Durante el siglo XVIII la práctica del *Grand Tour* propició un cambio en los gustos estéticos de los lugares de origen de los viajeros, al que contribuyeron las *veduti* de las ciudades italianas que visitaban, representadas sobre lienzos o sobre los grabados que adquirirían como recuerdo. También, el acercamiento a países orientales posibilitó la introducción del gusto por lo maravilloso y lo exótico, y el descubrimiento de territorios desconocidos como los Alpes contribuyó a despertar el gusto por lo sublime.

Con la fisiocracia se prestó atención al paisaje cultivado como fuente de riqueza, interés que se acentúa a partir de la revolución industrial. El crecimiento de las ciudades desde la segunda mitad del siglo XIX contribuyó a un alejamiento del mundo rural que trató de compensarse con la presencia de jardines o con modelos de ciudad como el planteado por Ebenezer Howard. Se proyectaron grandes parques y se abrieron a la ciudad los grandes jardines privados de la nobleza. A la vez asumieron especial protagonismo las fincas de recreo burguesas donde se trasladaban sus propietarios en sus momentos de ocio para disfrutar del campo. Se incorporaban al paisaje las vistas urbanas que prestan atención a nuevos temas como grandes avenidas, estaciones de ferrocarril, etc. donde se percibe el ambiente urbano a través de la luz, el humo de las locomotoras...

Una de las manifestaciones del romanticismo que se desarrolla en el siglo XIX es el nacionalismo, donde el paisaje adquiere un significado identitario, presente en las obras de Constable, Corot o Rosseau, en las que en ocasiones se introducen escenas de la vida cotidiana con una fuerte carga social. Pero, tal vez, la aportación más importante del siglo XIX vino por parte del impresionismo. Si hasta entonces el pintor tomaba apuntes del natural, con sus efectos lumínicos y atmosféricos, que luego plasmas en el lienzo dentro del estudio, ahora el pintor saldrá al campo para regresar al estudio con la obra terminada. No interesaba tanto que los lugares fueran reconocibles en el lienzo. Se trataba de captar la impresión del instante, por lo que había que aplicar los colores con rapidez, con una pincelada suelta y rápida, por lo que se prescindía del dibujo previo.

Las vanguardias del siglo XX se centraron en la figura humana y el paisaje quedó relegado a un se-

gundo plano. Solo tras la II Guerra Mundial surgieron nuevas formas para interpretar el mundo exterior, como el *land art*, *environmental art*, etc.

En paralelo al estudio sobre la formación y evolución del concepto de paisaje, Maderuelo hace lo propio con las principales categorías estéticas que se asocian al mismo: la belleza, lo sublime, lo maravilloso o lo pintoresco, que entre los siglos XVIII y XIX lo enriquecen con nuevas visiones e interpretaciones.

El paisaje, concepto que nace y se desarrolla en la pintura, fue adoptado a principios del siglo XIX por la geografía para referirse al conjunto de elementos que definen un territorio. Más tarde, hacia 1920, este mismo término comienza a ser utilizado por la biología o la ecología para nombrar el medio donde viven y se relacionan los seres vivos o a un biotipo, desentendiéndose por completo del significado cultural inherente al mismo. También, a lo largo del siglo XX otras disciplinas han prestado atención al paisaje, como la filosofía, la ingeniería o la arquitectura en su actividad de construcción y de transformación del espacio físico, entre otras. Es, por ello, una obra recomendable por su claridad en el discurso y por su lenguaje fácilmente inteligible, no solo para el ámbito de la Historia del Arte, sino también para aquellas personas investigadoras y profesionales de otras disciplinas humanísticas y científicas que deseen enriquecer sus conocimientos sobre este concepto desde la amplia visión que se aporta desde la historia de la cultura europea.

Adrià Besó Ros
Universitat de València

MARCO, Víctor. *Pintura barroca en Valencia, 1600-1737*. Madrid: CEEH (Centro de Estudios de Europa Hispánica), 2021, 492 págs., ISBN: 978-84-15245-98-8.

El título de la monografía de Víctor Marco, *Pintura barroca en Valencia (1600-1737)*, y el poco habitual volumen de la misma, revelan de un vistazo un objetivo también poco común en la producción académica actual: una ambición casi enciclopédica que pretende analizar la práctica de la pintura valenciana durante más de ciento treinta años, abarcando todo tipo de géneros, comitentes y localizaciones. Frente a esta aparente ambición totalizadora, el texto recogido en las tres partes de esta obra tiene como principales protagonistas a dos de los implicados en la mayoría de procesos creativos de la temprana Edad Moderna, artistas y comitentes, cuyo estudio hilvana el discurso de Marco, recogido